

VALOR PROPEDEUTICO DEL AUTOCONOCIMIENTO PARA UNA EDUCACION DE CALIDAD

*Sara López Escalona**

Nos ha tocado vivir una época vertiginosa y efectista. El hacer mucho, rápido y con resultados prácticos, es fuertemente valorado. Estas características han alcanzado a la educación, a ella se le exigen cambios concretos en el comportamiento humano, realizaciones pragmáticas y en lo posible medibles. Ante estas demandas, el educador se ha transformado en un interrogador permanente sobre el cómo. Queremos saber cómo enseñar matemáticas, cómo conseguir mayor atención en clase, cómo interesar al alumno en las asignaturas, cómo mejorar la disciplina, etc. La prioridad que se ha concedido a los medios ha dado como resultado una educación de calidad dudosa.

Las preguntas radicales que orientan la educación y sin las cuales no tiene ésta sentido, se refieren al quién, al para qué, y por qué, es decir, plantean las cuestiones del sujeto de la educación, el tema teleológico y la cuestión axiológica. Sin una concepción de la persona explícita y clara, sin valores que motiven el proceso y sin finalidades coherentes, no existe educación. La clarificación de esta trilogía requiere de un clima y de una actitud específica. Las con-

1 Pontificia Universidad Católica de Chile.

notaciones del primero son tranquilidad, tiempo dilatado y diálogo, la actitud implica un cuestionamiento reflexivo, un camino introspectivo en el que alcancemos fundamentos, principios y categorías en el área antropológica-educativa y ética.

Son muchos los pensadores que con diversos lenguajes, nos han invitado al retiro de la vida interior. También son diferentes las asignaturas que han señalado la necesidad de este retorno a nosotros mismos. Los lenguajes psicológicos, filosóficos y religiosos han reiterado el llamado a la interioridad. Freud exigió regresar al inconsciente.

La psicología clínica se ha dedicado con gran interés a este tema. Una de las corrientes de mayor influencia el Psicoanálisis (Freud 1856-1939) sostiene que muchos de los problemas que tenemos se deben a que desconocemos nuestras reales motivaciones, nuestras experiencias, nuestra interna verdad. Aunque, parcial en el enfoque, el psicoanálisis ha contribuido a poner de relieve esta temática y ha ofrecido medios para que tengamos un mejor conocimiento de nuestro ser.

Rogers, uno de los psicólogos humanistas de nuestro tiempo, ha insistido en la necesidad de conocer nuestra zona más profunda; la metanoia que este autor propone iniciar, desde la misma persona, requiere del autoconocimiento. La aceptación de nosotros mismos pasa, necesariamente, por el ejercicio de conocernos. Muchos trastornos psicológicos se deben a que no conocemos y por tanto, no podemos asumir nuestra interna realidad.

En filosofía la temática ha sido reiterada desde Sócrates a Mounier. San Agustín, en forma muy especial, cultivó este ir hacia la interioridad de su ser. Lo constatamos, claramente, en su libro "Confesiones":

"Tarde os amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. Vos estábais dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba y perdiendo la hermosura de mi alma me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado".

"[...] si este conocimiento se continuara, de modo que, apartados todos los demás que son de esfera muy inferior y sólo éste

fuera el que arrebatara el alma, la poseyera toda, y la introdujera donde estuviese rodeada y llena de gozos interiores, en el concepto de la vida eterna fuese tal cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando, ¿no sería todo esto lo que se le promete diciendo: entra en el gozo de tu Señor?”.

San Agustín. Las Confesiones
Libros IX y X.

La religión ha privilegiado el encuentro personal, el interrogarnos acerca de lo que somos y queremos, el examen de conciencia y la oración, son formas que han procurado esta vuelta sobre nosotros mismos.

Nos parece que la interioridad personal no es, en la actualidad, suficientemente valorada por la educación. Los objetivos educacionales apuntan a lo verificable y medible, a destrezas y habilidades, pero generalmente, no hacen referencia a las actitudes de fondo que condicionan cualquier forma educativa.

Es obvio que para educar es necesario, como primera condición, el conocimiento del sujeto de la educación, ahora bien, si quien se educa es, primordialmente, el educando la lógica nos impele a facilitar el autoconocimiento. Conocerse requiere de climas, actitudes y esfuerzos. La descripción de estos elementos debe llevar a un examen sobre la manera en que estamos educando.

La motivación es un tema reiteradamente tratado en educación, para motivar, el educador utiliza diversas estrategias que tienen un denominador común: la externidad; mostramos imágenes, creamos juegos, hacemos investigar, interrogamos, pero no apuntamos a lo central: que el alumno se interroge, que se conozca, que recorra el camino inverso al de la motivación externa. El conocimiento de nuestro mundo interior requiere de un clima pacífico, en el que la soledad, el retiro y silencio tengan una presencia efectiva. Con frecuencia los educadores nos quejamos de la falta de atención, de la solicitud permanente del exterior que parece seducir a los alumnos impidiendo la concentración.

La capacidad para estar solo, para buscar la soledad, debe ser enseñada y propiciada desde la educación; la ausencia de estímulos

externos favorece el camino hacia la propia interioridad; muchos distractores buscados, música, salidas, conversaciones lo que pretenden es, evitar el encuentro con nosotros mismos. La búsqueda de lugares favorecedores de la soledad: paseos en que se pueda contemplar la naturaleza, cambio de los espacios habituales, retiros, son medios que se pueden proponer para facilitar el necesario contacto con nosotros mismos. El silencio es otro elemento poco valorado. El estar y procurar ratos de silencio implica un ejercicio de autodominio; en el silencio somos capaces de reconocer nuestros haberes y carencias, en él nos enfrentamos irremediabilmente al destino que con nuestras acciones forjamos.

El buscar la interioridad, el detenernos en ella con el fin de conocernos mejor y remediar nuestras deficiencias es un ejercicio educativo. Sólo la persona humana posee esta capacidad de interiorizarse, de ensimismarse. Ortega ha considerado que esta posibilidad de bucear en el interior, es privilegio y característica del ser personal; solo él puede producir ese desdoblamiento por el que a la vez se transforma en objeto y sujeto del conocimiento.

Este buscarnos y procurar el encuentro con nosotros mismos no puede ser entendido como un solipsismo egoísta y descomprometido; por el contrario, nos centramos para que la acción y la entrega tenga más sentido. El decir popular ha reconocido la necesidad de tomar fuerza desde el interior al afirmar que "nadie da lo que no tiene". Si el educador quiere entregar prudencia, paz, generosidad, deberá primero enfrentarse a su verdadero ser y reconocer si es dueño o no, de esas cualidades.

En la actualidad la persona se esfuerza, cada vez más, por adquirir nuevos conocimientos, éstos cualifican y califican positivamente, sin embargo, la cantidad y calidad de tiempo que dedicamos al autoconocimiento, no aparece tan claro. Conocemos de todo pero nos desconocemos a nosotros mismos. Atendemos a las innovaciones más mínimas, pero no atendemos a ese reclamo de interioridad que da cuenta de nuestra peculiar riqueza. Esta ausencia de conocimiento, este ignorar lo que verdaderamente somos nos conduce, con frecuencia, a equivocaciones, a la vez que dificulta un perfeccionamiento progresivo, es decir, nos impide ser más educados; pero esto no sólo tiene repercusiones educativas sino también éticas. No

podemos mejorar la conducta, ni llevar mejor las relaciones personales, ni aspirar a un perfeccionamiento si desconocemos como somos.

La educación debe, necesariamente, poner los medios para que la conexión con nosotros mismos, se realice. El autoconocimiento nos conducirá por una senda ascética, tan necesaria en el momento actual, que ayudará a que internalicemos propósitos, nos proponamos metas y ejecutemos acciones coherentes con los principios que profesamos.

El cultivo de las actitudes que favorecen el autoconocimiento y el proceso de enfrentarnos a nuestra más íntima realidad tiene positivas consecuencias tanto en el ámbito de la educación como en el de la ética. Podemos señalar como las más importantes:

- **el autodomínio:** el conocimiento personal es indispensable para un manejo adecuado de nuestras reacciones.. Al conocer nuestras debilidades podemos evitar situaciones que nos descontrolan y también trabajar, paulatinamente, sobre reacciones desmesuradas de enojo, violencia o ira, que entorpecen unas relaciones armónicas con los demás.
- **capacidad de concentración:** el ejercicio de conocernos facilita la prescindencia de factores externos que operan como distractores. El esfuerzo por retornar a nuestra interioridad nos produce el hábito de la concentración, tan importante para el estudio como para un trabajo eficiente.
- **la posibilidad de retener:** con frecuencia escuchamos a los alumnos aducir que han estudiado una determinada materia, pero que la han olvidado. El retener es una parte importante del estudio que sólo se logra con el ejercicio, la concentración y la memorización. Sabemos lo que recordamos y recordamos aquello que ha tenido una configuración significativa.
- **uso de una metodología adecuada:** las técnicas de estudio no tienen para todas las personas igual eficiencia; hay quienes poseen memoria visual, otros auditivas; algunos necesitan subrayar para estudiar, otros pasearse. Si nos conocemos elegiremos medios efectivos de estudios.

- **activa la capacidad de esfuerzo:** en la actualidad la educación procura, cosa imposible, que el alumno aprenda jugando, elija sus áreas preferenciales, se entretenga en la escuela. El esfuerzo es indispensable en la vida; en muchas ocasiones estamos sometidos a rutinas que nos desagradan: horario, exigencias, conocimientos sin aplicación práctica directa, etc.. El esfuerzo de ir hacia la interioridad, de concentrarnos en nuestra intimidad, opera como preparación al ejercicio de acciones que suponen un grado de dificultad.

- **vivir la realidad de nuestro ser:** es curioso constatar la dificultad que suelen tener las personas para decir como son. Un ejercicio fácil y frecuente que realizo con mis alumnos, es pedirles que enuncien tres cualidades positivas y tres negativas de ellos mismos. En la mayor parte de las ocasiones les resulta casi imposible hacerlo. El no reconocer lo bueno o malo que poseemos es un claro signo de que no hemos llegado a tener una visión acertada de lo que en verdad somos.

- **trabajar aspectos específicos que deseamos mejorar:** el ejercicio de autoconocimiento nos permite detectar posibilidades y carencias, constatadas éstas, es posible iniciar una vía de perfeccionamiento mediante la cual fomentemos los aspectos positivos y erradiquemos los que resultan nocivos para nuestra persona. La educación no es otra cosa sino el proceso intencional mediante el cual caminamos hacia la perfección. De ello se deduce, que toda educación requiere, necesariamente, del autoconocimiento mediante el que conocemos nuestras potencialidades, bondades y defectos.

- **entender y prevenir algunas de nuestras caídas:** generalmente resultamos una sorpresa para nosotros mismos. Las expresiones: “cómo me pasa a mi esto” o “no me reconozco a mí misma” son decidoras de esa realidad. La vida humana requiere de alguna forma de ascética y ésta implica un perfeccionamiento permanente que es el llamado teleológico propuesto a la persona. No hay educación sin perfeccionamiento y no puede existir éste sin conocer qué aspectos debemos perfeccionar; de lo que resulta la necesidad imperiosa del autoconocimiento para obtener una educación de calidad.

Entendemos por educación de calidad aquella que comporta, tanto la instrucción como la formación. Es usual, en nuestro días, que las propuestas educativas insistan, parcialmente, en uno de estos aspectos. Así se pueden clasificar los colegios entre aquellos que valoran, fundamentalmente, los conocimientos con una rigurosa evaluación de los mismos y los que tienen, como tarea prioritaria la formación, es decir, propuesta y fomento de valores, e insistencia en el desarrollo personal. Los primeros aseguran un sujeto instruido con serias posibilidades de ingreso a la universidad; los segundos ofrecen alumnos formados pero sin conocimientos suficientes para competir en el mundo académico. Esta dualidad, aparentemente antinómica, se resuelve en lo que hemos denominado una educación de calidad. En ella, son considerados los conocimientos y los valores; la autorrealización y la libertad responsable; la creatividad, espontaneidad e iniciativa con el autodomínio y la disciplina.

No puede la educación seguir eludiendo las preguntas esenciales, ni debe prescindir de las asignaturas que la fundamentan a riesgo de convertirse en una mera metodología insulsa y por ello repudiable.

El tiempo que nos ha tocado vivir, no es propicio para el autoconocimiento. El vivir acelerado, el privilegio concedido a la acción por sobre la reflexión, la ausencia de ocio, tomada la palabra en su sentido prístino, la valoración del aparecer por sobre el ser, el desenfreno con que se busca el éxito, el prurito de competir frente al otro, así como el menosprecio a la experiencia del adulto, son signos inequívocos de una edad decadente. A la educación le compete remediar estos males.

Decíamos, anteriormente, que el llamado al autoconocimiento ha sido hecho desde diferentes disciplinas; no quisiéramos dejar fuera una que nos parece altamente motivadora para el quehacer filosófico-ético y educativo nos referimos a la literatura. En relación al tema expuesto aparece como muy significativa la siguiente cita de "El Quijote", dice don Quijote a Sancho: "Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse" (Cervantes. El Quijote. Libro I-Capítulo XLII). Cuando sabemos lo que somos podemos llegar a lo que queremos ser, lo dice, nuevamente, Cervantes por boca de El Quijote: "Yo sé quien soy, y sé qué puede ser". (Libro

I. Capítulo V). Una idea similar fue dicha por Goethe “sé el hombre que debes ser”. Este imperativo ético supone primero el autoconocimiento. El proceso ha de hacerse perfectamente, que en última instancia consiste la educación, requiere del camino hacia el interior por el que nos presentamos a nosotros mismos. Si esta tarea aparece como necesaria e ineludible surge la pregunta: ¿cómo lograr esta capacidad de vernos y juzgarnos desde nuestra interioridad?

Algo hemos dicho sobre ello, pero queremos aquí insistir y sintetizar las prioridades y medios más fecundos:

- * valorar la introspección
- * preguntar acerca de la finalidad de nuestras acciones
- * enjuiciar, retrospectivamente, las opciones
- * escuchar la opinión que los otros tienen de nuestro ser y hacer; ya que nos manifestamos en las acciones, en lo que afirmamos y negamos. Un antiguo adagio dice: el aparecer sigue al ser y el modo de hacer al modo de ser
- * otorgar tiempos de ocio a nuestra vida, tiempos en los que sea posible la reflexión, contemplación y amistad.

No es fácil decir cómo somos, pero es urgente saberlo. Nos enfrentamos a nosotros mismos en el dolor, cuando tenemos que decidir la vida. El conocernos no nos lleva a saber más sino a ser más. Tanto la coherencia de vida como la realización personal, requieren de saber cómo somos. Nuestras valoraciones, las prioritizaciones que establecemos en el vivir cotidiano nos dicen algo. La forma de enfrentarnos ante lo imprevisto, lo que nos produce dolor o causa alegría habla de nuestra interioridad.

Unida, frecuentemente, a esta ignorancia de nosotros mismos, se da una paradójica inquietud por saber quiénes somos, y así indagamos sobre la opinión que otros tienen de nosotros, valoramos los test, consultamos psiquiatras, etc.

El conocernos implica cambiar la natural perspectiva de externidad con que nos manejamos, supone un movimiento ad-

intra. Nadie puede suplir esta tarea del autoconocimiento. Todo lo externo nos solicita, nos entretiene, preocupa y dispersa impidiendo la mirada atenta y analítica sobre nosotros mismos. Con frecuencia nos obligamos a estar entretenidos con el entorno, evitamos la soledad, nos molesta el silencio, circunstancias, ambas que, de alguna manera, nos enfrentan con nuestro radical ser. La capacidad de girar desde la exterioridad al mundo interior es propia de la persona y uno de los atributos que la distinguen del animal.

La interioridad se devela como el lugar antropológico privilegiado para conocer nuestra más íntima realidad.

Implicaciones educativas del autoconocimiento.

- * en las corrientes actuales de la pedagogía se ha ido dando una importancia mayor al autoconocimiento, lo que ha implicado la valoración progresiva de las actitudes que lo propician.
- * el proceso de la interiorización personal vincula con el ámbito axiológico.
- * cada vez es más frecuente, en educación, el procurar, mediante ejercicios concretos, que el alumno posea un conocimiento de sí mismo.
- * el recogimiento en nuestra propia interioridad promueve la creatividad que se manifiesta en la expresión artística.
- * la capacidad de reflexión, el ejercicio de ir hacia el interior ayuda a la concentración y hace que el estudio sea más efectivo.
- * el autoconocimiento da cuenta de nuestras posibilidades y límites, lo que permite una realización mejor de la persona.
- * el conocernos ayuda a que nuestras reacciones sean más acertadas, en una palabra, que actuemos en forma educada.
- * el volvernos hacia la interioridad abre posibilidades de contacto con el absoluto.

La educación se enfrenta con una tarea concreta: procurar la vida interior. En este esfuerzo encontrará una vía prometedora y fecunda que llenará de sentido su permanente hacer.

EL TEMA DE LA INTERIORIDAD EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

Como en temas anteriores debemos reconocer que la prioridad, en la época antigua no se dio sobre la capacidad de autoconocerse que el ser personal tiene. Las preocupaciones cosmológicas polarizaron la reflexión en ese primer tiempo. El interés central de la edad media en el tema religioso, favoreció la atención sobre la vida interior. La objetividad y cientificismo de la época moderna hace que se privilegie las ciencias y sus avances, aunque es decidior el llamado de Pascal por el autoconocimiento.

El espiritualismo es una de las corrientes que facilitarán el estudio de esta temática. En este sentido, el espiritualismo, constituye una reacción al positivismo, interés por lo objetivo y científico. La preferencia del espiritualismo está en el ámbito religioso y moral, y privilegia, para el trabajo filosófico, un instrumento completamente descuidado anteriormente, la auscultación interior o conciencia. El interés de esta corriente es bastante antiguo: el retorno del alma a sí misma de Plotino, la atención a la interioridad de San Agustín, el cogito cartesiano, la autoconciencia de los románticos son, todos ellos, conceptos que se refieren a la actitud por la cual la persona toma, como objeto de su investigación, el mundo interno. A partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, una abundante corriente de pensadores se vuelve a adherir a esta tradición, presentando la investigación que se centra en la conciencia, como alternativa decisiva frente al interés por la naturaleza o lo exterior.

En contraste con la ciencia y, sobre todo, con la ciencia positivista, a la que reconoce un valor meramente preparatorio aproximativo o práctico, esta corriente reconoce el objetivo propio y específico de la filosofía en la descripción y en la explicación de los datos de la conciencia. Así como para el positivismo el único texto está constituido por los "hechos naturales", así también para el espiritualismo el único texto está constituido por testimonios de la conciencia. Por

testimonios de la conciencia se entiende casi siempre no sólo los datos de los que Locke llamaba “experiencia interna” o “reflexión”, sino también las exigencias del corazón y del sentimiento, los ideales morales y religiosos tradicionales, como por ejemplo, la libertad, la trascendencia de los valores y la manifestación de lo divino. Para algunas de estas exigencias, el espiritualismo aprovecha algunos aspectos del romanticismo, en especial aquel por el cual considera la conciencia como la primera manifestación originaria o privilegiada de lo divino. El espiritualismo de la segunda mitad del siglo XIX y del siglo XX se contraponen polémicamente al idealismo romántico en cuanto se niega a identificar lo Infinito con lo finito e insiste en la trascendencia de lo Infinito –(absoluto o Dios)– respecto a su manifestación en la conciencia. Desde el punto de vista gnoseológico, el espiritualismo conserva, de ordinario, la actitud idealista y esto por su mismo planteamiento, ya que al hacer de la conciencia su punto de partida y su criterio, considera todo objeto como posible sólo por la conciencia y en la conciencia. Desde este punto de vista, el problema principal, el obstáculo mayor que el espiritualismo encuentra en su camino, es el de la naturaleza o de la “exterioridad” en general, sobre todo en los aspectos ilustrados por la ciencia que son más inaccesibles a la conciencia o al espíritu, es decir, en cuanto a materia, mecanismo y necesidad causal. El modo de superar esta dificultad suele ser la negación de la materia como tal y su reducción al espíritu.

La época contemporánea, especialmente por la influencia de los acontecimientos históricos que en ella se dieron, guerras mundiales y totalitarismos, lograron una actitud de perplejidad y asombro que llevó a la persona, necesariamente, a reflexionar y preguntarse acerca de su ser y el futuro que deseaba construir.

EDAD ANTIGUA:

Sócrates es quien primero dedica un estudio y preocupación por la condición humana. El vínculo interno que reconoce en el alma uniéndola a la divinidad parece ser un inicio de llamado a la interioridad. Es este autor quien propone la imperiosa necesidad de girar la contemplación y así, más que mirar hacia el cosmos, invita a que la persona ahonde en sí misma y procure conocerse. Este llamamiento reiterativo a la interioridad o reflexión sobre sí, es

opuesto al interrogar sofista sobre todo y al relativismo que entregarán en su teoría.

Sócrates, como sabio, tiene la constatación de su ignorancia: sólo se que nada sé “Dichoso yo si supiera lo que otros no vacilan en creer que saben”. ¡Cómo podría enorgullecerme! Pero no sé nada, atenienses que me escucháis no sé nada, y ante vosotros me presento desnudo y sin adornos de una mentirosa certeza” (apología). No obstante, esta valoración de la neociencia, estima como próximo a la locura el ignorarse así mismo. Su famoso aforismo: “Conócete a tí mismo”, aparece como un mandato educativo y ético necesario de cumplir. Para este filósofo el autoconocimiento no es simple introversión sino un profundo deseo de sabiduría. De alguna manera, ello se conecta con las relaciones sociales y con los otros ciudadanos de la polis, buscando normas de convivencia virtuosas y perfectibles. Gracias al autoconocimiento arribamos al verdadero bien y a la fuente de la verdad. La educación, tuvo para Sócrates, una especie de vocación trascendente de cara a esta invitación auto-cognoscente. Concepción antropológica y autoconocimiento, son dos eslabones congruentes dentro de su postura filosófica.

Aurelio Agustín nació en el 354 en Tagaste del Africa romana y murió el año 430. La investigación filosófica del autor tiene como meta el conocimiento del alma y de Dios, así, en los “Soliloquios”, una de sus primeras obras, afirma: “Yo deseo conocer a Dios y el alma ¿nada más?. Nada más absolutamente”. Dios y el alma no necesitan, según él, investigaciones paralelas o discursos, ya que Dios está en el alma y se revela en la interioridad personal.

Buscar a Dios es buscar el alma y buscar a ésta significa replegarse sobre sí mismo, confesarse. La confesión es entendida como el esclarecimiento de los problemas que constituyen el centro de la personalidad –Su finalidad es conseguir la verdad, ésta se encuentra en nuestro interior y es Dios. Es por ello que en su libro “De la verdadera religión”, una de las obras más importantes acota: “No salgas de tí mismo, vuelve a tí, en el interior del hombre habita la verdad”.

Sólo la vuelta hacia sí mismo, el encerrarse en la propia interioridad es realmente abrirse a la verdad y a Dios.

En la búsqueda de esta interioridad que se abre a Dios se encuentra una certeza fundamental que elimina la duda. De aquí que San Agustín repudie el escepticismo. El hombre solamente encuentra la verdad, encerrándose en sí, reconociendo lo que es, confesándose en forma sincera. La verdad consiste en la revelación del ser hecha al hombre en su interior. En cuanto el hombre busca en el interior de su conciencia a Dios éste se manifiesta como Ser y Verdad, Trascendencia y Revelación, Padre y Logos. Lo absoluto se manifiesta en el interior de la persona mediante la búsqueda amorosa y persistente de ésta. Afirma, reiteradamente, San Agustín que la verdad no es otra cosa que Dios mismo. La primera y fundamental determinación teológica del Dios cristiano, surge de la investigación agustiniana. Desde el momento que el hombre busca a Dios en el interior de la conciencia, Dios es, para él, Ser, Verdad, Trascendencia, Revelación, Padre y Logos. No es posible buscar a Dios sino es sumergiéndose en la propia interioridad.

Su concepción de la persona participa, tanto de la idea griega como de la judeo-cristiana. La teoría platónica tiene en él un fuerte impacto. Sostiene que el ser humano posee sólo un alma que vitaliza el cuerpo en todas y cada una de sus partes, siendo aquella simple, intangible y cognoscible a sí misma.

Para este pensador es un misterio la unión de dos sustancias tan disímiles constituyendo una sola naturaleza.

Curiosamente y en clara similitud con Sócrates, San Agustín gira la dirección cognoscitiva de la persona hacia su propio mundo interior. En este sentido, el agustinismo confiere una perspectiva cristiana al autoconocimiento como ejercicio y experiencia vital. La riqueza de este aporte se valora por detalles como: el sentido mismo de la interioridad, la fe en la soberanía de la gracia, la trascendencia de lo humano y la presencia divina en la persona. El alejamiento del mundo exterior para recogerse en la interioridad es un llamado insistente de su doctrina. Para San Agustín, el autoconocimiento no supone una meta, sino el inicio de una elevación a Dios mismo.

EDAD MEDIA:

Durante la edad media la valoración y cultivo de la interioridad fue retomada por el movimiento monástico cuyos representantes

más destacados son San Bernardo (1091-1153) y Hugo de San Víctor (1096-1141). El siglo XI se caracteriza por la reforma de la abadía de Cluny, pero después de ello el espíritu monástico se debilitó nuevamente y fue reforzado en el siglo XII mediante la reforma del Císter; así nace el misticismo monástico del siglo XII. En el tratamiento de la vida interior hay mucho de la tradición, desde Filón a Plotino y San Agustín. La vida interior del cristiano está descrita en la obra "La contemplación y sus especies" que comprende un conjunto de reglas y ejercicios.

En la doctrina del dominico Juan Eckhart (1260-1327) se retoma con fuerza el cultivo de la vida interior. Su comprensión de la interioridad es clara y completa. El amor es el fin de la vida espiritual. La doctrina de Eckhart no engendró, como tampoco la de Plotino, esa abstención de la actividad externa que se denominó quietismo (siglo XVII). Las actividades inferiores del alma que desembocan en la acción, voluntad, razón, entendimiento, sentidos externos, no quedan suprimidas por el retiro del alma hacia sí misma; sino al contrario, quedan ordenadas y dirigidas.

Nicolás de Cusa (1401-1464). En el capítulo III de su libro titulado *La docta ignorancia*, trata el tema del hombre, éste debe buscar el camino hacia el absoluto.

La tarea del hombre es conseguir su "mismidad" o personalidad. El individuo es como un microcosmos ante el macrocosmos. En él se encierran creatividad, libertad y espontaneidad. Sobre la individualidad se alza la idea del "mejor yo". El hombre tiene el poder de elevarse sobre el mundo y la materia, retornando sobre sí mismo.

EDAD MODERNA:

Pascal, al igual que San Agustín es un pensador cristiano, en consecuencia valora a la persona y procura el cultivo de su vida interior. Este filósofo ubica al ser humano en una perspectiva dramática en virtud de su naturaleza existencial. El ángulo antropológico que propone tiene una fuerte carga psicológica: sentimientos, imaginaciones, pasiones, razonamientos, equívocos, temores y esperanzas. Este ser debe aceptar su miseria y desde ella, humillarse y reconocer su sed de Dios. Adjudica al pensamiento un

papel relevante: “El hombre está hecho visiblemente para pensar, ésta es toda su dignidad y todo su mérito; y todo su ser consiste en pensar como se debe”. (Pensamientos). Insistirá en la idea al afirmar: “El hombre no es más que una caña, la más vil de la naturaleza, pero es una caña que piensa. (Op. cit.). Pascal establece una conclusión importante “Conoce, pues, soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate razón impotente. Cállate razón imbécil. Aprende de que el hombre excede infinitamente al hombre y escucha de tu maestro tu verdadera condición, que tú ignoras. ¡Escucha a Dios! (Op. cit.).

Schopenhauer (1788-1861) aunque en su obra no aparece la nominación de interioridad o autoconocimiento nos parece que de hecho se da por el tono que toma su reflexión. La vida es dolor, afirma, el deseo implica ausencia de lo que se desea. Deseo es falta, deficiencia, carencia, indigencia y por tanto dolor. Al satisfacer el deseo surge uno nuevo, otro dolor. Cuando, por diversos motivos, cesa el deseo, se instala en la vida el hastío, más insoportable que el dolor. Ve a la vida como la oscilación entre el dolor, carencia y el hastío. La satisfacción del deseo es momentánea, fugaz y en ello consiste el placer. Haciendo una analogía con la creación dice que sus días de la semana corresponden a la fatiga y necesidad y el séptimo al hastío. El amor es compasión, el conocimiento del dolor de los demás, hecho que se comprende mediante el propio dolor. En el dolor del otro reconocemos el nuestro ya que en los otros seres se nos da lo más verdadero e íntimo de nuestro yo. La ascesis la entiende como indiferencia frente a la vida. De alguna manera, la reflexión de Schopenhauer, preludia alguna de las temáticas existencialistas.

Kierkegaard (1813-1855) la categoría de posibilidad que el autor asigna a la existencia humana, supone el conocimiento. En efecto él reconoce que toda existencia es “posibilidad de que sí” y también “posibilidad de que no”; la existencia, pues, está permanentemente amenazada con la nada. De aquí nace el concepto de angustia que continuamente aparece en su obra. Este carácter contingente de la existencia humana lo ha encontrado a partir de la interioridad de sí mismo. Habla de tres estadios en la vida personal: el estadio estético, el estadio moral y el estadio religioso. El primero corresponde al que viene poéticamente. La vida estética excluye la repe-

ción y monotonía, es el instante fugaz e irreplicable, pero esta vida revela su insuficiencia y su miseria en el aburrimiento. Quien vive estéticamente está desesperado y busca una alternativa diferente, esa otra posibilidad es la vida ética. El estadio ético implica estabilidad y continuidad, el dominio ético es la reafirmación del deber y la fidelidad consigo mismo; su característica más importante es la elección. Quien se escoge a sí mismo rechaza de sí lo que no le pertenece y lo condena como malo; por ello toda elección es, en alguna forma, reproche de sí, arrepentimiento.

La figura que encarna la vida estética es la del seductor, en cambio en la vida ética el protagonista es el marido. El matrimonio, es para él, la expresión típica de la vida ética, este tipo de vida supone un contraste permanente con la interioridad y la elección de sí mismo es su acto fundamental. El abandono de la vida ética abre paso al estadio religioso entre ambos existe un abismo y una oposición más radical que el que se da entre la vida estética y ética. El protagonista de la vida religiosa es Abraham; hombre que actúa sólo por fe, al margen de toda norma establecida, la vida religiosa es soledad y riesgo y su vivencia más característica es la angustia.

Kierkegaard es uno de los primeros pensadores que centra la reflexión en la interioridad, su discurrir prelude la temática existencialista.

EDAD CONTEMPORANEA

Se caracteriza a esta etapa por el inicio de la reacción antipositivista. El problema central de este período es averiguar en qué consiste la filosofía. Las diversas corrientes que en ella se dan contestan a la indagación sobre el ser de la filosofía de manera diferente. Para el espiritualismo filosofía es replegarse interiormente, profundizar en la espiritualidad. Para el idealismo filosofar es el acto de conciencia o del espíritu infinito.

Para la fenomenología, la filosofía es, esencialmente, análisis de las actitudes fundamentales de las cuales se origina todo el mundo del conocimiento y de la vida humana. La descripción y contemplación tienen aquí un papel importante. El existencialismo centra su reflexión en el modo de ser del hombre, existencia, es una

indagación en la cual, el sujeto que la realiza está directamente involucrado. Estas tres corrientes: idealismo, fenomenología y existencialismo, en alguna medida, favorecen la reflexión sobre la interioridad y autoconocimiento. Otras corrientes de este período, tales como el neocriticismo, la filosofía de la acción y el pragmatismo; tienen un enfoque más externo del filosofar. Vamos a referirnos únicamente a pensadores existencialistas. Un rasgo común a ellos es la preocupación por el hombre como existente con posibilidades y límites.

Heidegger (1889-1976) para el tema que nos interesa conviene destacar las dos formas de existencia que él asigna al hombre. Estas son: la existencia inauténtica y la existencia auténtica. Esta clasificación de los modos de existir que el hombre tiene, han presupuesto para el filosofar un conocimiento y análisis de la interioridad personal. La existencia inauténtica o anónima: es la existencia dominada por el decir general; “se dice”, “se hace” son las expresiones que la rigen. En ella todo se nivela a lo convencional y oficial. El lenguaje se convierte, en charlatanería. Esta existencia es vacía y por ello busca, permanentemente, lo nuevo; la curiosidad no es por el ser de las cosas sino por la apariencia, lo que frecuentemente la lleva al equívoco. La charla, curiosidad y equívoco son las notas que la caracterizan.

La existencia auténtica y el vivir para la muerte: a este tipo de existencia es llamado el hombre por su conciencia ésta es entendida como la voz que llama al hombre hacia sí mismo, a lo que auténticamente es y no puede dejar de ser.

La posibilidad auténtica es la muerte, ella es incondicionada e insuperable. En el reconocer la posibilidad de la muerte, en asumirla con decisión consiste la existencia auténtica. La existencia inauténtica es una fuga de la muerte. La conciencia le hace sentir al hombre que es un ser para la muerte, le muestra su realidad y el percatarse de ese destino lo lleva a la angustia. La angustia es el sentimiento de sentirnos ante la nada que es la muerte.

Jaspers (1883-1969) para este filósofo la existencia es siempre “mi existencia” individual, singular, inconfundible. Incluye la auto-comprensión, la autoaclaración de sí misma porque es, también, movimiento y acto de autocomprensión. Por la compenetración de

existencia y razón nos podemos abrir a los otros. El yo se constituye con la situación que le toca vivir, el modo de ser auténtico es aceptar, asumir la situación en que vivimos. Esta atadura del yo a la situación lo ve como culpa originaria e inevitable. En su lenguaje, el hombre no puede evitarse a sí mismo porque no puede sustraerse a su propia situación. Destaca el autor las llamadas situaciones límites, ellas son inmutables, definitivas, incomprendibles. La rebelión no es posible frente a ellas; encontrarse frente a una situación límite es no poder no sufrir, no poder no pecar, no poder no morir. Sufrimiento, pecado y muerte son situaciones límites que no podemos eludir.

Sartre (1905-1980) Afirma que el estudio de la realidad humana debe iniciarse en la actitud de reflexión sobre sí mismo, sobre la propia interioridad espiritual. La conciencia es conciencia de algo que no es conciencia, a esta realidad Sartre lo llama ser-en-sí; éste se caracteriza por la opacidad y carácter estático. Frente a este ser-en-sí la conciencia se caracteriza por ser-para-sí, o sea, presente a sí misma. El ser-en-sí es siempre completo, en cambio el ser-para-sí, es posibilidad y necesidad de algo que lo complete.

Vamos a referirnos, finalmente, a un movimiento de la filosofía contemporánea no mencionado con anterioridad. Es una corriente iniciada en los años 30 de nuestro siglo, que recibe la influencia de muchos pensadores y se expresa en diversos países: Francia, Inglaterra, Holanda, etc. Quienes cultivan el Personalismo, lo describen como una actitud, una filosofía que sin rehuir la sistematización no se agota en ella. El centro de su filosofar es la persona. Nos referiremos a su expositor más destacado Emmanuel Mounier.

Mounier (1905-1950) En su libro "El Personalismo" dedica un capítulo a la conversión íntima, expresión que involucra el tema de la interioridad y autoconocimiento. Dice el autor que la persona se caracteriza por la vida interior o interioridad y lo describe como una fase de repliegue que no es opuesto al movimiento de comunicación, sino su pulsación complementaria. La vida personal la ve con esa capacidad de romper el contacto con lo externo, de recobrase, de recuperarse con el objeto de unificarse en su propio centro. Los valores que favorecen esta interiorización son el retiro y el silencio. Reconoce que nuestra época es vertiginosa e impaciente, dificultando por ello el movimiento hacia la interioridad.

El secreto, entendido como privacidad, la reserva en la expresión, la discreción y el pudor, son elementos que favorecen la vida interior. Reconoce y enfatiza que la dialéctica de la vida personal implica el movimiento doble de interioridad y exterioridad, pero concibe al primero como necesario para que la acción tenga fundamento y sentido. "No hay que despreciar la vida exterior; sin ella la vida interior enloquece, así como también, sin vida interior la primera desvaría" (El Personalismo, p.31).

A continuación anotamos algunas citas del capítulo al que nos hemos referido.

1. "El hombre puede vivir a la manera de una cosa. Pero como no es una cosa, tal vida se le aparece bajo el aspecto de una dimisión".
2. "Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad y, en un registro humano, de la vulgaridad".
3. "Lo importante no es el repliegue, sino la concentración, la conversión de las fuerzas. La persona sólo retrocede para saltar mejor".
4. "La vida personal está ligada por naturaleza a un cierto secreto. Las gentes totalmente volcadas al exterior, totalmente expuestas, no tienen secreto, ni densidad, ni fondo".
5. "El pudor es el sentimiento que tiene la persona de no agotarse en sus expresiones y de estar amenazada en su ser por quien tome su existencia manifiesta, por su existencia total".
6. "La propiedad como la intimidad, es una exigencia concreta de la persona. Excluirla a causa de sus abusos es una utopía y, salvo algunas sectas, ni los mismos comunistas lo han pretendido. Ella expresa esta doble y solidaria vocación de la persona: centrarse desplegándose".
7. "Recogiéndose para encontrarse, luego exponiéndose para enriquecerse y volverse a encontrar, recogiendo de nuevo en la disposición, la vida personal, sístole, diástole, es la búsqueda, proseguida hasta la muerte, de una unidad presentida, deseada y jamás realizada".